

CAPITULO XXXVIII (1)

DE LA HISTORIA

Expuse extensamente en el § 51 del primer volumen cómo y por qué la poesía contribuye más que la historia al conocimiento de la naturaleza humana. En este sentido, tenemos que esperar de la primera lecciones más verdaderas que de la segunda. Aristóteles lo reconoció diciendo: *Et res magis philosophica et meliorem poesis est quam historia*. Mas para que no se engañe el lector acerca del valor de la historia, consignaré mis reflexiones sobre este punto.

En cualquier materia los hechos son innumerables, los individuos infinitos en número y la variedad de sus diferencias inagotable. A primera vista el espíritu, ávido de instruirse, se siente presa de un vértigo; por lejos que lleve sus investigaciones, se ve condenado á la ignorancia. Entonces interviene la ciencia, que criba lo innumerable, lo clasifica bajo nociones de especie y distribuye éstas bajo nociones de género, abriendo así el camino al conocimiento de lo general y de lo particular, que comprende también lo individual, pues se aplica á todo, sin que haya que estudiar cosa algu-

(1) Este capítulo se relaciona con el § 51 del primer volumen.

na aparte. De este modo puede satisfacerse el espíritu investigador. Después todas las ciencias se colocan las unas junto á las otras, y todas sobre el mundo de las cosas individuales, que se han repartido entre sí. Más arriba que todas ellas reside la filosofía, como la ciencia más general, y, por tanto, más importante, puesto que promete las soluciones que las otras ciencias no hacen más que preparar. Pero la historia no puede aspirar á colocarse en fila con las demás ciencias, pues no puede reivindicar para sí las cualidades que distinguen á aquéllas. Le falta, en efecto, el carácter fundamental de toda ciencia, á saber: la subordinación de los hechos conocidos, en lugar de la cual sólo puede ofrecernos la historia su coordinación. No hay, pues, sistema en la historia como lo hay en cualquiera de las ciencias. Es un saber, no una ciencia, pues en ninguna parte conoce lo particular por lo general, sino que se ve obligada á tomar directamente el hecho individual y á arrastrarse, digámoslo así, por el suelo de la experiencia, mientras que las ciencias vuelan por encima, porque han adquirido vastas nociones generales, mediante las cuales dominan lo particular, y pueden, al menos dentro de ciertos límites, abrazar de una ojeada la posibilidad de las cosas pertenecientes á su dominio, de manera que pueden contemplar con tranquilidad hasta lo eventual y lo futuro. Las ciencias, como son sistemas de nociones generales, tratan sólo de géneros; la historia trata siempre de cosas individuales, según lo cual, de concederle carácter científico, sería una ciencia de individuos, lo que implica contradicción. También se desprende de lo anterior que todas las ciencias, sin excepción, hablan de lo que existe siempre, mientras que la historia relata lo que ha existido sólo una vez y no volverá á existir jamás.

Aparte de esto, como la historia se ocupa exclusivamente de la cosa única é individual, que es por naturaleza inagotable, todo lo conoce imperfectamente y á medias. Además, ha de someterse á que cada día que llegue, con su vulgar repetición, le enseñe lo que ignoraba absolutamente.

Si se objetase que en la historia hay también subordinación de lo particular á lo general, en el sentido de que los periodos de tiempo, los reinados y otros cambios de jefes y de formas de Estado, en suma, todo lo que se inscribe en los anales históricos, es lo general, bajo lo cual se clasifica y distribuye lo especial, la objeción descansaría sobre un falso concepto de lo general. El supuesto elemento general de la historia sólo es general subjetivamente, es decir, que su generalidad descansa sólo sobre el insuficiente conocimiento individual de los objetos; no es una generalidad objetiva, es decir, un concepto dentro del cual se representen efectiva y simultáneamente todos los objetos que en él se contienen. Lo más general que hay en la historia es siempre individual, como por ejemplo un largo espacio de tiempo ó algún acontecimiento culminante; aquí la relación de lo particular es la de la parte al todo, no la del caso á la reglas como sucede con todas las ciencias propiamente dicha, que suministran nociones generales y no meros hechos. Esto es lo que las permite determinar con precisión los casos particulares futuros cuando es conocido exactamente el caso general. Por ejemplo, el que conozca las propiedades del triángulo en general podrá decir las de cualquier triángulo que le presenten. Los caracteres comunes á todos los mamíferos, como el de tener dos ventrículos en el corazón, siete vértebras cervicales, pulmones, diafragma, vejiga urinaria, cin-

co sentidos, etc., pueden afirmarse de un murciélago que acabamos de coger, sin necesidad de diseccionarle.

No sucede lo mismo con la historia. Su generalidad no es la generalidad *objetiva* de las nociones generales, sino la subjetiva de nuestro conocimiento, del que sólo puede decirse que es general en el sentido de que es superficial. Puedo saber perfectamente, en términos generales, que la guerra de los treinta años fué una guerra religiosa; pero este conocimiento general no me pone en aptitud de decir algo más preciso acerca del asunto.

En otro punto se manifiesta también el contraste entre las ciencias y la historia. En las ciencias, lo particular y lo individual es lo cierto, puesto que precede la percepción inmediata, mientras que las verdades generales han sido abstraídas de ella y pueden más fácilmente haber admitido alguna cosa por error. Por el contrario, en la historia lo más general es lo más cierto, como por ejemplo, los periodos de tiempo, la sucesión de los reyes, las revoluciones, las guerras y los tratados de paz. El pormenor de los sucesos y de su encadenamiento es más incierto, y lo es más á medida que más se especifica. La historia es tanto más interesante cuanto más especial es; pero al mismo tiempo á medida que se particulariza, se vuelve menos digna de fe y se acerca más á la novela. Se alaba mucho el sentido pragmático de la historia, mas para apreciarlo en su justo valor no hay sino recordar que muchas veces no comprendemos la conexión real de los acontecimientos de nuestra propia vida hasta veinte años después, aunque para ello poseíamos todos los datos necesarios; tan difícil es penetrar la influencia de los motivos, combinada con la del azar,

siempre dispuesto á intervenir, y complicada también con el disimulo de las intenciones.

Como la historia tiene por objeto propio lo particular, el hecho individual, que para ella constituye la única realidad, síguese de ahí que es lo contrario de la filosofía, que considera las cosas desde el punto de vista más general y cuyo asunto es ese elemento general que hallamos siempre idéntico en todas las cosas particulares. En lo especial, la filosofía estudia lo general y no atribuye importancia alguna al cambio de los fenómenos: *generalium amator philosophus*. Mientras que la historia nos enseña que en cada tiempo han existido cosas diferentes, la filosofía trata de hacernos comprender que por toda la eternidad la misma cosa es, ha sido y será.

La esencia de la vida humana y de la naturaleza está, en realidad, toda entera en cualquier parte y en cualquier momento, y para descubrirla en toda su integridad no es menester más que profundidad en la concepción. Pero la historia suple la profundidad con la extensión, ó sea con la longitud y la latitud. Para ella todo lo presente no es más que un fragmento que necesita ser completado con lo pasado, cuya longitud es infinita y con el cual se enlaza un porvenir igualmente infinito. De ahí viene el contraste entre historiadores y filósofos; éstos quieren sondear, aquéllos enumerar hasta lo último.

La historia nos muestra en todas partes la misma cosa, aunque bajo diferentes formas; pero el que no sepa conocer esta cosa después de haberla visto bajo una forma determinada ó bajo un corto número de formas, es difícil que llegue á poder conocerla aunque pase revista á todas las formas posibles. Los capítulos de las historias de los diferentes pueblos no se diferen-

cian realmente más que en los nombres y en las fechas; su contenido esencial es siempre el mismo.

El arte, cuya materia son las ideas platónicas, y la ciencia, cuyo objeto son las nociones generales, tratan de lo que es siempre y siempre es idéntico, y no de lo que existe unas veces y otras no, de lo que ahora es de una manera y luego de otra; ambos tratan, por consiguiente, de lo que Platón consideraba como exclusivo objeto del saber verdadero. Por el contrario, la materia de la historia es el hecho particular en su unidad y en su contingencia; son las combinaciones pasajeras de un mundo móvil como las nubes empujadas por el viento y que el azar más ligero viene á trastornar frecuentemente de arriba á abajo. Mirado así el objeto de la historia, parece no merecer apenas ocupar seria y laboriosamente la atención del espíritu humano, que por lo mismo que es finito, debería tomar lo infinito por asunto de sus investigaciones.

En cuanto á los ensayos, iniciados principalmente por la pseudo-filosofía hegeliana, propia solamente para corromper y embrutecer los espíritus, de exponer la historia universal como un conjunto metódico, ó como ellos dicen, de «construirla orgánicamente», encierran en el fondo un grosero y brutal realismo, que toma al fenómeno del mundo por la cosa en sí y se imagina que lo principal son los personajes y los acontecimientos. Secretamente se apoya esta escuela sobre ciertas creencias mitológicas, sin lo cual no se comprendería para qué clase de espectadores podría representarse comedia semejante.

Como no hay unidad real é inmediata de la conciencia mas que en el individuo y no en la especie humana, es evidente que la unidad de marcha en la existencia de la especie humana es una mera ficción. Ade-

más, de igual modo que en la naturaleza, sólo la especie es real, siendo los géneros simples abstracciones, en la especie humana no hay realidad más que en los individuos y en la vida individual; los pueblos y la marcha de su existencia son abstracciones. Por último, estas construcciones históricas, guiadas por el más bajo optimismo, conducen siempre, en definitiva, á la concepción de un Estado muy próspero, muy productivo, muy opulento, con una constitución bien ordenada, buenos tribunales y buena policía, muchas fábricas y mucha industria; á lo sumo, conducen estas construcciones á cierto desenvolvimiento intelectual, que es, en efecto, el único posible puesto que el elemento moral, en lo que tiene de esencial, permanece invariable. Pero este lado moral de las cosas es lo principal, según el testimonio de nuestra conciencia más íntima, y tal elemento sólo le hallamos en el individuo, como dirección y norma de su voluntad. En realidad, sólo la vida del individuo tiene unidad, encadenamiento y verdadera importancia. Es la que puede servir de enseñanza, y su significación es enteramente moral. Las circunstancias interiores, en cuanto conciernen á la voluntad, son las que tienen realidad, las que son acontecimientos efectivos, pues únicamente la voluntad es la cosa en sí. En todo microcosmos está comprendido el macrocosmos entero y nada contiene éste que no se contenga en aquél. La multiplicidad no es más que un fenómeno y los acontecimientos exteriores son meras figuraciones del mundo fenomenal, que directamente no tienen realidad ni importancia y sólo indirectamente las adquieren por su relación con la voluntad de los individuos. Querer explicar é interpretar directamente los acontecimientos es lo mismo que tratar de distinguir en las nubes figuras de hombres y de ani-

males. Lo que refiere la historia se reduce al largo ensueño, á la pesadilla desagradable y confusa de la humanidad.

Los hegelianos, que llegan hasta á convertir la historia en asunto principal de la filosofía, deberían tener presentes las enseñanzas de Platón, que no cesa de repetir que el asunto de la filosofía es lo eterno y lo invariable y no aquello que hoy es de un modo y mañana de otro. Los que construyen, como hemos dicho, la marcha del mundo, ó según dicen ellos, de la historia, no han comprendido el principio fundamental de toda filosofía (que en todos los tiempos es la misma cosa), según el cual, el nacer y el *devenir* ó llegar á ser no son más que fenómenos, las ideas sólo son eternas y el tiempo es ideal. Esto es lo que dice Platón, esto es lo que dice Kant. Así, pues, lo que debemos tratar de comprender es aquello que siempre es actual, aquello que existe realmente lo mismo hoy que siempre, es decir, las ideas en la acepción platónica. Los hegelianos se imaginan, por el contrario, que todo va á *llegar á ser* de ahora en adelante y que se está preparando algún grande suceso. Esto es lo que les lleva á conceder á la historia un puesto principal dentro de la filosofía y á *construirla* sobre la hipótesis de un plan universal que lo dirige todo por el mejor camino para que se realice por completo dicho plan y se convierta el mundo en un lugar de delicias, en un paraíso. Toman este mundo por una realidad absoluta y ponen su fin en la miserable dicha que puede alcanzarse aquí abajo; no han logrado entrever todavía que esta felicidad, á despecho de todos los esfuerzos humanos y de todos los azares más favorables, no es más que vanidad, ilusión pasajera, una triste cosa en resumen, que ni las constituciones, ni las legislaciones, ni las máquinas de vapor, pue-

den ni podrán nunca volver mejor. Esos glorificadores á que aludo, esos filósofos de la historia son cándidos realistas imbuidos de eudemonismo, optimistas, espíritus bajos y *filisteos* endurecidos, pero además de todo esto, son malos cristianos; pues la esencia y el verdadero espíritu del cristianismo, como el del brahmanismo y el budhismo, consiste en reconocer la inanidad de los bienes terrestres, en despreciarlos y en volver los ojos hacia otra existencia completamente contraria á la de este mundo. Este es el espíritu y el fin del cristianismo y no el monoteísmo, como ellos se figuran. Por eso el budhismo ateo está más cerca del cristianismo que el judaísmo optimista y el islamismo, que es una variedad del último.

La verdadera filosofía de la historia debe seguir otro camino. Hablando el lenguaje de Platón, no debe ocuparse de lo que *deviene* siempre y no *es* jamás, ni ver allí la esencia real de las cosas; debe atender á lo que es siempre, á lo que no *deviene* ni pasa jamás. Esta filosofía se guardará de considerar los fines de la humanidad como eternos y absolutos, y de trazar el camino artificial é imaginario que, salvando todas las dificultades, debe conducir á la especie humana á su fin y su meta. Muy al contrario, comprenderá que la historia, no sólo en su forma, sino también por su misma naturaleza, es una mentira que, por hablarnos de una multitud de individuos y de sucesos distintos, pretende contarnos cada vez una cosa diferente, cuando no es, del principio al fin, sino la repetición del mismo tema, con varios nombres y con varios trajes.

En realidad, la verdadera filosofía de la historia consiste en comprender que en medio de ese caos de cambios infinitos no hay más que el mismo ser invariable, siempre semejante á sí mismo, que obra hoy

como obró ayer y como obra en todos los tiempos. Debe, pues, discernir lo que hay de idéntico en todos los acontecimientos, desde las edades más remotas á los tiempos modernos, en Oriente y en Occidente, y ver en todas partes á la misma humanidad, á pesar de la diversidad de las circunstancias especiales, de los diversos trajes y las diferentes costumbres. Ese elemento idéntico, inmutable al través de todas las mudanzas, está formado por las cualidades que caracterizan al corazón y la cabeza del hombre, muchas de ellas malas, pocas buenas. La divisa general de la historia debería ser *Eadem sed aliter*. Leído Herodoto, se ha estudiado toda la historia que exigen las necesidades de la filosofía, pues se debe haber comprendido lo que formará la materia de la historia universal en lo sucesivo, es decir, las agitaciones, los errores, los padecimientos y el destino de la especie humana, tales como resultan de las cualidades del hombre y de las condiciones físicas del globo.

En los párrafos anteriores he manifestado que la historia, como estudio de la naturaleza humana, es inferior á la poesía, que además no es, propiamente hablando, una ciencia, y, en fin, que querer presentarla como un conjunto, con su principio, medio y fin, su encadenamiento y su sentido propio es una vana tentativa fundada en una mala inteligencia. Pero debo apresurarme á manifestar en qué consiste el valor de la historia para que no se crea que no le concedo ninguno. Vencida por el arte, excluida del número de las ciencias, le queda todavía una esfera especial diferente de las dos anteriores y que le permite ocupar un puesto muy honroso.

La historia es para la especie humana lo que la razón para el individuo. Mediante su razón, el hombre,

á diferencia del animal, no está limitado al estrecho campo de lo presente y visible; conoce también lo pasado que es incomparablemente más extenso y de donde lo presente se deriva mediante el encadenamiento de los hechos. Ese conocimiento de lo pasado le ayuda á comprender mejor lo presente y le permite formar conjeturas sobre lo por venir.

El animal privado de razón tiene un conocimiento de las cosas limitado á la intuición, y, por lo tanto, á lo presente; hasta cuando está reducido á la domesticidad vaga entre los hombres, indiferente torpe, mohíno, ignorante y colocado en una situación de dependencia.

Del propio modo, un pueblo que no conoce su historia está limitado al presente de las generaciones que viven en la actualidad; no comprende ni su carácter ni su propia existencia, porque no puede referirlas á un pasado que los explique, ni menos puede calcular lo por venir. Sólo la historia da á un pueblo la plena conciencia de sí mismo. Puede ser considerada, por consiguiente, como la conciencia, acompañada de razón, de la humanidad á quien presta los servicios que presta al individuo su conciencia racional, reflexiva y bien encadenada. Por falta de ésta es por lo que el animal permanece encerrado en el estrecho círculo del presente intuitivo. Así, toda laguna en la historia es como una laguna en la memoria del hombre. En presencia de un monumento de los tiempos primitivos, que ha sobrevivido á su propia significación; frente á las Pirámides ó á los palacios y los templos del Yucatán, por ejemplo, nos sentimos tan desconcertados é ignorantes como el animal ante la acción humana á la cual coopera con sus servicios, ó como el hombre ante una página que él mismo cifró tiempos atrás y cuya clave ha

perdido, ó como un somnábulo que encuentra al despertar la obra en que trabajó durante el sueño.

En este sentido puede ser considerada la historia como la razón ó la conciencia reflexiva del género humano. Desempeña el oficio de una conciencia de sí, común á toda la especie, y que es lo único que hace de ella un todo que conocemos con el nombre de humanidad. Este es el valor real de la historia, y, por consiguiente, el interés principal que inspira viene de que es un negocio personal del género humano.

Si para servirse de su razón el individuo necesita del lenguaje como condición indispensable, la especie á su vez necesita de la escritura; con esto empieza á existir realmente la razón de la humanidad, como nace con la palabra la razón del individuo. La escritura sirve, en efecto, para restablecer la integridad de la conciencia de la especie, interrumpida y fraccionada incesantemente por la muerte de los individuos. Mediante ella, el pensamiento concebido por el bisabuelo puede ser proseguido por el bisnieto; remedia la diseminación del género humano y de su conciencia en una multitud de individuos efímeros, y así desafía al tiempo, que en incesante fuga arrastra el recuerdo en sus alas.

Los monumentos escritos no son los únicos que conducen á este resultado; los monumentos arquitectónicos en piedra, que en su mayoría son anteriores á aquellos, tienden al mismo fin. ¿Puede admitirse que los que durante largos años y á costa de inmensos gastos pusieron en movimiento las fuerzas de millares de brazos para elevar pirámides, monolitos, tumbas abiertas en la roca, obeliscos, templos y palacios, no tuvieran en cuenta más que su propia vida, cuya corta duración no les bastaba ni para ver el término de estos trabajos,